

SERMON

PARA EL MARTES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE EL RESPETO HUMANO.

Omnia vero opera sua faciunt, ut videantur ab hominibus.

Todas sus acciones las hacen de modo que las vean los hombres.

MATTH. 23. v. 5.

La falsa devoción y el cuidado en granjearse las atenciones públicas con el ejercicio de las obras santas, no me parece que es el escollo que mas deba temerse para la mayor parte de los fieles: es verdad que puede suceder que el vicio de los fariseos tenga imitadores; pero no es este el vicio dominante en la mayor parte de los hombres. El respeto humano que hace que sirvamos á Dios por granjearnos la estimacion de los hombres, es mas raro que el que

nos impide el servirle por temor de perderla. La tentacion mas comun no es gloriarse de una virtud falsa, sino el avergonzarse de la verdadera; y el temor culpable del respeto humano condena á muchos mas cristianos, que la desvergüenza y el doblez de la hipocresía.

Estos dos vicios se parecen entre sí en que ambos sacrifican la salud eterna á los vanos juicios de los hombres. Pero como entre todos los obstáculos para la conversion, es el mas comun y peligroso el respeto humano y el cobarde y pecaminoso temor del mundo, importa mucho el explicar claramente en qué consista su engaño; porque en cualquiera estado que nos haya colocado la Providencia, siempre estamos unidos á cierta especie de gentes que nos rodean; á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestros protectores, á nuestros jefes. Este corto número de personas forma para nosotros un mundo aparte; tememos sus juicios, y sacrificamos á su gusto aun nuestros deseos de virtud, si por ponerlos en ejecucion hemos de merecer sus burlas y censuras. Digo, pues, que esta disposicion encierra primeramente un desprecio de Dios que la hace muy culpable; en segundo lugar, un temor del mundo que la hace muy insensata; y finalmente, una preocupacion contra la virtud que la hace muy injusta; un desprecio de Dios que la hace muy culpable, porque temeis al mundo mas que á Dios; un temor del mundo que la hace muy insensata, porque haceis demasiado caso de la vanidad de sus juicios; finalmente, una preocupacion contra la virtud que la hace muy injusta, porque os la figurais como una condicion siempre expuesta al desprecio y á las burlas del mundo, siendo así que el mismo mundo la respeta y admira. El delito del respeto humano, su locura y su injusticia, son todo el asunto de este discurso. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

La malicia del comun enemigo, dice San Agustin, ha mucho tiempo que pone dos peligrosos lazos á la flaqueza de los hombres, uno de seduccion y otro de terror. *Posuit in muscipula errorem, et terrorem.*¹ Un lazo de seduccion, atrayéndolos con esperanzas lisonjeras, y un lazo de terror, asustándolos con necios temores: *Errorem quo illiciat, terrorem quo frangar.*² Se vale del primero cuando quiere corromper la inocencia y enredarla en los funestos caminos de las pasiones, y recurre al otro cuando quiere intimidar al pecador que está ya medio movido y ahogar en su nacimiento sus débiles deseos de penitencia y salvacion.

Es verdad, católicos, que la experiencia del mundo y de los placeres casi basta por sí sola para defendernos contra la primera ilusion que nos promete en ellos encantos y felicidades imaginarias; y tambien es cierto que nada ayuda tanto á desengañarse del mundo como el mismo mundo. Pero esta larga experiencia, en vez de curar los vanos temores acerca de sus juicios, parece que solo sirve de hacernos mas tímidos. Quanto mas hemos vivido en el mundo, mas le tememos; cuánto mas hemos envejecido bajo su yugo, mas le respetamos; quanto mas hemos experimentado sus placeres y sus agitaciones, mas respetos queremos guardar con él cuando se trata de abandonarle y de entablar una vida mas regular y retirada.

Pues sabed, amados oyentes mios, vosotros á quienes un

¹ In. Psalm. 30. Enarr. 2. núm. 10.

² Ibid.

temor tan culpable retiene aún en la esclavitud del mundo y de las pasiones, no obstante las santas inspiraciones que continuamente os están llamando á unas costumbres mas cristianas, sabed que esta disposicion ultraja á la grandeza de Dios y á la verdad de sus promesas, y que los tímidos respetos que actualmente os separan de él, son mas injuriosos á su gloria, que los mismos delitos que os habian separado hasta aquí.

A la verdad, la grandeza de Dios pide que no le compareis con un mundo despreciable y que tengais toda la gloria que proviene de los hombres por sueño y por error, puesta en paralelo con la suya. Pero cuando por una parte os llama la voz de Dios y por otra os detiene el temor de los hombres, le decís con la disposicion de vuestro corazon: Señor, yo os sirviera desde ahora si el estado en que me hallo me permitiera el serviros. Yo bien quisiera romper para siempre con un mundo que me es pesado é insufrible, si declarándome por vuestra ley no le diera motivo para que lo censurase y se burlase de mi nueva conducta. Es verdad que conozco que el vivir separado de vos es una cosa triste; me habeis favorecido con inclinaciones propensas á la virtud y con un género de horror á los vicios, de que tanto tiempo he sido esclavo. Con todo eso, aun arrastro mis cadenas, aunque contra mi voluntad, porque el mundo, con el que me es preciso vivir y que no puede amaros, tampoco quiere que os ame. ¡Ah! si mis inclinaciones, Señor, hubieran de decidir de mi suerte, y si yo pudiera vivir lejos de la vista del público, solamente viviria para vos, porque verdaderamente solo vos mereceis ser servido; pero bien sabeis cuán terrible es el mundo para con los que os sirven públicamente y del modo que quereis ser servido, y como yo estoy precisado á vivir en el mundo y es preciso decla-

rarme por vos ó por él, aunque no quiere ofenderos, soy tan cobarde que aun sigo los caminos que os ofenden, y aunque el mundo no me gusta, conozco que no tengo valor para atreverme á desagradarle. ¡Oh hombre, exclama San Juan Crisóstomo, sabes bien cuál es el estilo que usas con tu Dios! Sabes que le estás diciendo: Me conformo, Señor, en que me maldigais, con tal que me apruebe el mundo; mas quiero ser eterno objeto de vuestras venganzas y de vuestro desprecio, que dejar de gozar acá en la tierra de la estimacion y vanos aplausos de los hombres. Católico, ¿no te horroriza esta impiedad? Pues advierte que estás incurriendo en ella.

Pero no solamente ultraja á la grandeza de Dios este temor del mundo, sino que tambien es injurioso á la verdad de sus promesas. ¿Os parece que cuando os háyais declarado por Jesucristo, no sabrá su Majestad confirmar vuestro corazon contra el desenfreno de los juicios humanos, y que los dardos que tirarán entonces contra vosotros las lenguas de los necios, no serán como los que arroja un tierno niño, de los que no se hace caso? *Sagite parvulorum factæ sunt plagæ eorum.*¹ ¿Os parece que hallándoos ilustrados con nuevas luces de la gracia, no oireis con santa firmeza unas conversaciones en que no hallareis mas que los funestos desórdenes de un entendimiento abandonado de Dios? ¿os parece que mirareis siempre de un mismo modo los juicios de los hombres? ¡Ah! si entonces aun haceis caso de sus burlas, solo será para compadeceros de su perdicion y desórden. Deseareis que ellos conozcan al Señor, y no que aprueben vuestros procederes, que bendigan su santo nombre y no que alaben el vuestro, que amen la virtud y no

¹ Psalm. 63. v. 15.

que admiren vuestros ejemplos; su salvacion os interesará mas que sus aplausos, y la gloria del Señor mas que la vuestra. Yo he afligido á mi alma con el ayuno, decia en otro tiempo un penitente rey, y el mundo se burla de mí; me cubrí de ceniza y de cilicios y era la fábula de Jerusalem; lloré mi pecado en vuestra presencia, ¡oh Dios mio! y fuí el asunto de las conversaciones y canciones satíricas de los insensatos: *Et posui vestimentum meum cilicium, et factus illis in parabolam. . . . et in me psallebant qui bibebant vinum.*¹ Y entonces, movido mas de su locura que de su desprecio, os supliqué, Señor, queuviéseis piedad de su cegura, y que les manifestáseis las eternas verdades de vuestra justicia: *Ego vero orationem meam ad te Domine.*² Esta será la impresion que harán en vosotros los vanos discursos de los censores de la virtud. Omíto el decirlo que en aquellos primeros momentos de gracia y de verdadera mudanza del corazon, no hay cosa alguna que pueda mover á una alma sino su Dios y el horror de su vida pasada. Es tan viva la compuncion de aquellos felices principios, son tan divinos entonces los atractivos de la gracia, que embriagado el corazon, por decirlo así, con la fuerza de su dolor y con la novedad de aquel santo consuelo, nada conoce mas que la alegría de poseer á su Dios y el pesar de haberle ofendido. ¡Mundo profano! ¿qué podrán entonces tus discursos con una alma que ya no te conoce? ¿Qué le importarán entonces las censuras y burlas de los hijos de los hombres al justo, elevado ya por la fe sobre todas las cosas humanas, que ya conversa con su Dios como un amigo con otro, que ni aun sabe lo que pasa en la tierra, que está como Moisés

¹ Psalm. 6. v. 12. 13.

² Ibid. 13.

sobre el monte santo viendo á su Dios cara á cara, gustando del inefable deleite de su presencia, y no se halla en estado de que le muevan las murmuraciones y calumnias que contra él se esparcen en el campo? Almas justas que me escuchais, responded por mí, contad las maravillas del Señor y cuáles fueron los principios de las divinas operaciones de la gracia que mudó vuestro corazon, y confundid la flaqueza del pecador tímido que no puede comprender cómo Dios se puede hacer amar mas de lo que el mundo se puede hacer temer.

Pero á estas santas máximas se opone una ilusion. Queremos tomar inmediatamente las medidas para nuestra eterna salud, nos hallamos disgustados del mundo y de sus deleites, y conocemos que no hay en la tierra mas verdadera felicidad que el entregarse á Dios; pero nos detiene el que para empezar una nueva vida es necesario hacer ruido, que es preciso poner carteles como para avisar al mundo que vamos á tomar el partido de la devocion, y vamos á presentar al mundo una escena en la que regularmente la imprudencia y el amor propio tienen mas parte que el espíritu de Dios, y que no conseguiremos mas que hacer ridícula la virtud. ¿No será cosa mas prudente, nos decimos, el condescender con el mundo en ciertas cosas que pide la buena crianza, y reservar al mismo tiempo el corazon para Dios, que no quiere mas que los corazones, aunque al mismo tiempo parezca que nuestro exterior se conforma con los demás? Semejantes en esto á aquel ángel que guiaba á Tobías el jóven, el que aunque estaba siempre en la presencia del Señor y se sustentaba con una comida invisible, parecia no obstante semejante á los demás hombres, y que usaba de la misma comida que ellos. *Videbar quidem vobiscum*

*manducare, et bibere, sed ego cibo invisibili, et potu qui ab hominibus videri non potest, utor.*¹

De este modo, como refiere San Agustin, se engañaba en otro tiempo aquel célebre anciano Victorino, tan conocido en Roma por su sabiduría y elocuencia; desengañado de la vanidad de los ídolos, convencido de la verdad de nuestros santos libros y cristiano en el corazón, se persuadía á que el Señor, que no mira mas que el interior, tampoco le pedia mas, y que en su edad podia ya dispensarse de dar qué decir en Roma y de declarar abiertamente su conversion. Yo soy cristiano, aunque no le parezco, decia muchas veces al santo presbítero Simpliciano, que no cesaba de exhortarle á la fe: *Noveris me jam esse christianum*; y como aquel siervo de Jesucristo le respondiese que no le creia si no le veia concurrir con los fieles y dar con sus hermanos señales públicas de su fe y de su mudanza: *Non credam, nec deputabo te inter cristianos, nisi in ecclesia christi te videro*; respondia Victoriano, engañado aun y como burlándose de la sencillez de su amigo: ¿Acaso las paredes hacen al cristiano? *Ergo ne parietes faciunt christianum?* Pero vos, ¡oh Dios mio! continúa este santo padre; no tardásteis en desengañarle de su error; le dísteis á conocer que era impiedad el avergonzarse de los humildes misterios de vuestro Verbo y no de las sacrílegas ceremonias de los demonios; avergonzóse de la vanidad y no volvió á tener empacho de seguir la verdad: *Erubuit vanitati, depudit veritati.*

Y á la verdad, católicos, el usar con el mundo de estos tímidos respetos es no ser todavía cristianos. Bien sé que hay ciertos cumplimientos inevitables que no puede negar

¹ Tobías 12, v. 19.

la mas escrupulosa devocion á las costumbres; que la caridad es prudente y toma diversas formas, que algunas veces es necesario saber ser flaco con los flacos, y que muchas veces hay virtud y mérito en saber ser á tiempo menos virtuoso y perfecto, por decirlo así; pero digo que todas las condescendencias que solamente se dirigen á persuadir al mundo que todavía aprobamos sus abusos y máximas, y excusar el que nos tengan por siervos de Jesucristo, como si fuera esto un título infame y vergonzoso, es un disimulo culpable, injurioso á la majestad de la religion, y menos digno de excusa que el desórden manifesto y declarado.

Porque es una afrenta que haceis á la grandeza de Dios á quien adoran todas las criaturas. ¿Pues qué, no os habéis de atrever á reconocerle por Dios á las claras? ¿Habeis de fingir delante de los hombres que no le conocéis? ¿No ha de ser mas que vuestra oculta divinidad, al mismo tiempo que tributais al mundo vuestros respetos y un culto público y declarado? ¡Oh hombre! ¡el Dios del cielo y de la tierra no ha de ser para tí mas que un Dios doméstico, y confundiéndole con los ídolos que antiguamente estaban reducidos al hogar y recinto de cada familia, te has de contentar, como Raquel, con ocultarle en tu tienda y adorarle sin que lo sepan tus hermanos!

Tambien es ser ingratos á la gracia que os ilumina, que os mueve, que os disgusta del mundo y de las pasiones. ¿Es posible que os háyais de avergonzar de haber sido escogidos de Dios como un vaso de misericordia, de haber sido separados de tantos pecadores que continuamente perecen á vuestra vista, dejándose arrastrar de los encantos de los sentidos y de las pasiones? ¿os habeis de avergonzar de ser el objeto de la clemencia y de la bondad divina? ¿os han de causar mas confusion los favores del cielo y el benefi-